

fes de ingenieros y espada en mano, trataba de contener á la tropa. (146) "Sobre la cumbre del cerro—dice la relación de los "Apuntes"—se veía entonces, en medio de una columna de humo denso, una multitud de americanos, circundados de la rojiza luz de sus fuegos dirigidos sobre la enorme masa de hombres que se precipitaba por la pendiente, cubriéndola como de una capa blanca, por el color de sus vestidos. Era aquel horrible espectáculo como la erupción violenta de un volcán arrojando lava y ceniza de su seno, y derramándolas sobre su superficie. Entre el humo y el fuego, sobre la faja azul que formaban los americanos alrededor de la cima del Telégrafo, flameaba aún nuestro pabellón abandonado. Pero bien pronto en la misma asta, por la parte opuesta, se elevó el pabellón de las estrellas, y por un instante flotaron entrambos confundidos, cayendo, por fin, el nuestro, desprendido con violencia entre la algazara y el estruendo de las armas de los vencedores y los ayes lastimeros y la gríta confusa de los vencidos. Eran los tres cuartos para las diez de la mañana." (147) El enemi-

(146) Bananeli, que era hombre de sumo valor y de carácter muy fuerte, fué derribado y pisoteado por los fugitivos, y á consecuencia de ello y de heridas anteriores, quedó enfermo, muriendo algún tiempo después en México.

(147) Esta hermosa y terrífica descripción es de D. Francisco Urquidi, entonces ayudante de Santa-Anna.

go descendió por la falda derecha sobre la batería del camino, á que se había replegado el 6o. de infantería, y de la que no llegaron á hacer uso entonces nuestras fuerzas; y, cortadas éstas, capituló el general Jarero con toda la parte de nuestra línea desde la expresada batería hasta la extremidad de nuestra derecha. Entretanto, á nuestra izquierda, la brigada Arteaga que había llegado de Jalapa en aquellos momentos, el 11o. de infantería y los restos de los cuerpos 2o., 3o. y 4o. Ligeros y 3o. y 4o. de Línea, se revolvían confusamente en un corto espacio frente al cuartel general. La columna de Shields, (148) atravesando los breñales y barrancas, se aproximaba á la batería de reserva. Santa-Anna ordenó á Canalizo que atacara á dicha columna; pero el bosque impidió á la caballería cargar, y ésta, al advertir que la cabeza de aquella se dirigía á cortar el camino, se retiró velozmente hacia Jalapa. El fuego de los invasores acabó con los artilleros de la batería de reserva, á quienes auxiliaba, á pie, una partida de coraceros cuyo jefe Velasco murió allí valerosamente. Todavía hicieron el último esfuerzo Robles y los oficiales de artillería Malagón, Argiellés y Holzinger, convirtiendo las piezas hacia la izquierda sobre la cabeza de

(148) En la obra que extracto se dice que la columna de Worth; pero queda visto que las fuerzas de este jefe no tomaron parte en la acción, y no se trata aquí sino de la 3a. brigada de voluntarios.

la columna; pero se precipitaron sobre ellas los tiradores de Shields, y las volvieron en contra nuestra. Santa-Anna, que se dirigía por el camino á la izquierda de la batería, lo haló cortado; retrocedió ante las descargas de los voluntarios, y con los jefes y oficiales que le acompañaban, tomó por uno de los desfiladeros que conducen al río del Plan, siguiéndole en horrible confusión los restos del ejército bajo los cañonazos del vencedor. El coche del mismo general, que salía para Jalapa, fué acerbillado á balazos, quedando muertas las mulas y en poder del enemigo dicho carruaje y un carro con 16,000 pesos, recibidos el día anterior para la tropa.

En su "Informe" con motivo de las acusaciones de Gamboa, dice Santa-Anna (página 39), refiriéndose á la batalla del 18 y á la posición del Telégrafo ya atacada: "Juzgué necesario reforzar aquella importante posición, é hice marchar prontamente á los batallones 3o. y 4o. Ligeros que estaban en reserva; en seguida al de Granaderos de la Guardia, y últimamente, no teniendo disponible otra fuerza, al 11o. de Línea, pues el enemigo redoblabá sus esfuerzos para ocuparla. Este cuerpo iba á la medianía del cerro, cuando lo ví envuelto por los que de arriba se precipitaban huyendo, habiendo acontecido lo mismo á los Granaderos. En esta sazón, el señor general D. Manuel Arteaga se me presentó con las fuerzas que conducía de Puebla, á quien apenas tuve lugar de ordenarle que se colocara en el cerro pequeño de nuestra izquierda y sos-

tuviera aquella batería, considerándola en peligro; mas al llegar este jefe al punto que le señalé, la caballería, haciendo un amago de carga á una columna enemiga que se aproximaba, se marchó en retirada por el camino principal, y el refuerzo de Puebla que esto vió, imitó á los demás, pudiendo haber servido bien si antes de una hora se presenta en el campo. El invasor, apoderado del cerro dominante, usó de nuestros cañones, y á metrallazos aumentó la confusión de tal modo, que nuestra tropa sólo atendió á salir del peligro por dos veredas de nuestra derecha que del cantil de la barranca conducían al río. En tal estado de cosas, no me quedaba más arbitrio que seguir con la parte presente de mi estado mayor las huellas de los que me abandonaban, ó caer prisionero; y me decidí por el primer extremo en momentos de avanzar el enemigo sobre dichas veredas: tomé, pues, la más próxima, que por estrecha y pendiente transité con dificultad, y llegando al río, emprendí la subida de otra igual, que me condujo á un planfo despejado: aquí dispuse la reunión de los dispersos que aún podían oír el toque de llamada y tropa, y ordené al señor general D. Pedro Ampudia que marchara con ellos á la hacienda del Encero, (149) para donde me dirigí considerando que la caballería haría alto en aquellas hermosas llanuras, y

(149) Así se llama por corrupción á esta hacienda, cuyo primitivo y verdadero nombre es "el Lencero."

que con su apoyo se podían recoger la mayor parte de los infantes que vagaban por las cercanías; pero el señor general Canalizo continuó al paraje de la Banderilla, cinco leguas adelante del Encero, y por tal circunstancia me ví en la necesidad de pernoctar en la hacienda de Tusamapa, y partir á la madrugada del siguiente día para la ciudad de Orizaba á encontrarme con el señor general D. Antonio León, que del Estado de Oaxaca conducía una brigada para Cerro-Gordo. Las demás fuerzas que cubrían las posiciones avanzadas y atrincheradas de nuestro flanco derecho, á las órdenes de los señores generales Jarero y Pinzón, no quedándoles otro recurso, capitularon, consumándose así el triunfo del invasor, etc."

De lo expuesto hasta aquí, resulta que la defensa del Telégrafo se hizo en regla; que, perdido este punto, nuestra batería del camino quedó imposibilitada de obrar, perdiéndose también, y con ella forzosamente las posiciones de nuestra derecha, no obstante que acababan de rechazar á los voluntarios de Pillow; y que la verdadera derrota con todos sus horrores sólo tuvo lugar en nuestras posiciones de la izquierda. Natural y debido parece que hubieran sido obstinadamente defendidas, antes que por la caballería—á quien se comprende que no dejaba obrar el terreno—por la brigada Arteaga y por los restos de la reserva de infantería y de los cuerpos de la misma arma que se retiraron del Telégrafo. Pero es evidente que la pérdida del punto principal de nuestra defensa causó la desmoralización

y el terror de las tropas de la izquierda, haciendo huir á los que ni aún se habían batido, é impidiendo á los jefes contener el desorden. Así sucede en casi todas las derrotas. Por lo demás, es indudable que al asentar Scott, en alguno de sus partes, que Santa-Anna, con los generales Canalizo y Almonte y una fuerza de 6 á 8,000 hombres, huyó hacia Jalapa antes de ser tomado Cerro-Gordo (el Telégrafo), no estuvo en lo cierto, pues vemos que el general en jefe mexicano se retiró del campo cuando estaba ya consumada su pérdida.

Tomados el Telégrafo y la batería de la reserva, en fuga la parte del ejército que cubría estos dos puntos, é imposibilitada de obrar la batería del camino, quedaba impotente, dominada y vencida de hecho toda el ala derecha de nuestra línea desde dicha batería del camino hasta las tres de su extremidad opuesta. Carecían ya de objeto esas fortificaciones, y no sólo de retirada, sino también de víveres y agua las fuerzas que las cubrían y que tuvieron forzosamente que capitular desde luego. Al llegar á este punto, he tropezado en mi investigación de documentos con una verdadera anomalía. El general Pinzón, que era uno de los jefes de esa parte de la línea cuyo mando principal tenía Jarero, en relación oficial dirigida al ministerio de la Guerra hasta el 27 de Julio de 1848, asienta que después de la derrota de nuestro centro é izquierda se replegaron á las posiciones de la derecha el 60. de infantería y los restos del 50.; que todos los

jefes y oficiales convinieron en que Pinzón dictara el medio de salir del cerco del enemigo; que dispuso para ello formar columna con los cuerpos, en cuyo acto se le presentó un comisionado de los invasores intimándole rendición; que se negó á efectuarla y, á consecuencia de ello, le cargó una columna norteamericana que, cogida entre dos fuegos por los batallones de Atlixco y Zacapoaxtla, tuvo 297 hombres de pérdida, inclusive un general, y fué puesta en fuga; que inmediatamente después quiso realizar Pinzón su salida; pero se halló abandonado de la mayor parte de su gente y circundado de fuerzas contrarias, presentándole á la sazón nuevos comisionados, y entonces capitularon él y sus compañeros, siendo llevados ese día á Plan del Río y al siguiente á Jalapa, de donde, no estando ya vigilados, por la sierra de Jico se dirigieron á Puebla. (150) Según tal relación, el ataque de nuestras baterías de la derecha, por Pillow, no tuvo lugar sino después de la toma del Telégrafo y de la ocupación del camino carretero por el invasor. Cuando uno halla tales contradicciones respecto de la realidad de los hechos en documentos oficiales y bajo la firma de testigos y actores de cuya honradez no hay que dudar, se desalienta y desconfía midiendo lo difícil que es, en los estudios históricos, obtener y expresar la verdad. Esta, sin embar-

(150) No se comprendé que después de triunfar Pinzón, se pusiera en dispersión su gente, y él capitulara.—(N. del E.)

go, en el caso de que se trata, hállase en todas las demás relaciones de la versión mexicana y en los partes militares del enemigo, y á mayor abundamiento, se infiere en buena lógica y aun con el simple sentido común. No es comprensible, en efecto, que, perdida la batalla en los puntos capitales de nuestra línea, ya que Pinzón y su gente se decidieran á sacrificarse en una resistencia sin objeto, el enemigo, que tenía virtualmente en su poder estas posiciones, hubiera querido comprometer ante ellas toda una brigada suya por el sólo gusto de tomarlas á la bayoneta en pocos minutos, cuando el hambre y la sed antes de veinticuatro horas habrían obligado á los defensores á rendirse. (151) Conste, pues, que el ataque á nuestras baterías de la derecha fué anterior á la toma del Telégrafo, ó simultáneo cuando más, y explique quien pueda el contrario aserto de un jefe que, por lo demás, dió buenas pruebas de valor aquel día. En es-

(151) Y en el caso de que Pillow hubiera emprendido su ataque después del triunfo de sus compañeros de armas en nuestro centro é izquierda, y cuando ya se había intimado rendición á la batería del camino y á toda nuestra ala derecha, como asegura Pinzón, no es creíble que las fuerzas enemigas descendidas del Telégrafo sobre la expresada batería del camino, al oír los fuegos de Pillow, no hubieran intentado tomarla desde luego y avanzar sobre la retaguardia de las baterías mismas atacadas por las tropas de Pillow.

ta parte de la línea y en virtud de su capitulación, quedaron en poder de Scott casi todos los prisioneros y muchos de los cañones y demás armas recogidas, de que hace mención en sus despachos.

Resulta de todo lo referido, que por el camino de Jalapa se retiraron la división de caballería de Canalizo y la brigada Arteaga, y que por los senderos ó desfiladeros que conducen al río del Plan, se fugaron en confusión, adelantándose y siguiendo á los principales jefes, los restos de los cuerpos de infantería desalojados del Telégrafo, y de los que formaban á última hora nuestra reserva. Sobre tales restos se conformó con asestar sus cañones desde la orilla de la barranca el enemigo, causándoles más ó menos destrozo; pero sobre la división de Canalizo y la brigada Arteaga destacó inmediata y sucesivamente la mayor parte de la división de Twiggs y de la brigada de Shields, persiguiéndolas empeñosamente hasta las inmediaciones de Jalapa. El primero de estos generales, tan luego como fué tomada nuestra batería de la reserva, se puso en marcha con parte de los tres regimientos de la brigada del segundo y una sección de dos piezas de la batería de Taylor á las órdenes del teniente Martín; reuniéndoseles en el resto de la mañana las demás piezas de dicha batería, conducidas por el teniente Irons. Llegó Twiggs con estas fuerzas al Lencero, y de allí las hacía retroceder á Cerro-Gordo cuando, terminada la capitulación del ala derecha de nuestra línea, Scott encomendó á Patterson el mando

de las tropas adelantadas en persecución de las nuestras, y este jefe, avanzando con la caballería, ordenó á aquellas seguir en marcha hacia Jalapa. El coronel Baker, jefe accidental de la brigada Shields, dice: "Dejando fuerza suficiente en torno de las baterías (de la reserva) avancé personalmente por el camino carretero y hallé fracciones de los regimientos de Nueva York y 3o. y 4o. de Illinois mandadas por el general Twiggs en persona, en seguimiento del enemigo: la batería de Taylor iba también con la columna. Me adelanté hasta Dos Ríos, y allí Taylor rompió sus fuegos sobre la retaguardia de los fugitivos cuya columna subía la loma del Lencero. (152) Ha-

(152) En los "Apuntes para la Historia de la Guerra" se dice que Santa-Anna, acompañado de los generales Pérez, Argüelles y Romero; de los jefes y oficiales Schiaffino, Escobar, Galindo (Félix), Vega, Rosas, Quintana y Arriaga, y de los Sres. Trias, Armendariz y Urquidí, después de atravesar el río y de llegar á la loma opuesta, dispuso que los generales Ampudia y Rangel y el coronel Ramírez, reunieran allí á los dispersos, y él y su comitiva, tomando hacia la derecha, se dirigieron al Lencero, casi paralelamente al camino nacional. "Entretanto—se agrega—una partida de caballería enemiga había salido de Cerro-Gordo por el camino de Jalapa en persecución de la caballería nuestra, y casi á un tiempo iba á llegar al Encero. Al descubrirse recíprocamente, los americanos dispararon algunos ti-

biendo yo hecho alto y retrocedido sobre milla y media de orden del general Twiggs, me encontré con el mayor general Patterson y la caballería, y este jefe me mandó avanzar nuevamente."—"Tan presto—dice Patterson—como los Dragones se reunieron al principal cuerpo de ejército sobre el camino de Jalapa, con arreglo á las instrucciones recibidas en el campo. El mayor general Scott, me moví con ellos lo más rápidamente posible en persecución del enemigo. Alcanzando en Corral-Falso al general Twiggs, le previne que siguiera adelante con su división, parte de la cual se estaba ya volviendo. En la tarde llegué, por último, al Lencero, donde el estropeo de la caballería me obligó á permanecer esa noche. El capitán Blake con un escuadrón siguió persiguiendo por espacio de algunas millas, y regresó con varios prisioneros. El 20. de Dragones con el mayor Beall, y una compañía del 10. de Dragones con el capitán Kearny, se distinguieron mucho en la persecución á la infantería y caballería enemigas. El coronel Baker había avanzado cerca del Lencero con una pequeña parte de la brigada Shields algún tiempo antes de mi llegada; pero se retiraba cuando fué llamada la 2a. división de regulares. En la mañana del 19, dejando al general Twiggs el mando de la infantería y artillería, me moví con la caballería y entré en

ros de cañón, y el general Santa-Anna, dejando la vereda que llevaba, tomó hacia la izquierda en dirección perpendicular á aquella."

Jalapa con una diputación de sus autoridades que había venido á solicitar protección para el vecindario." Agregaré que la división Worth, que no había tomado parte en las operaciones militares del día, siguió á retaguardia el avance de Patterson y Twiggs; que nuestra brigada Arteaga se desorganizó y disolvió casi por completo en el camino de Cerro-Gordo á Jalapa, y que la división de Canalizo, aunque en bastante desorden, se reunió en su mayor parte en la Banderilla, á dos leguas más acá de Jalapa, pernoctando el 18 en la Hoya.

Scott asegura que la fuerza de los Estados Unidos en Cerro-Gordo constaba de 8,500 hombres incluyendo las reservas, y calcula en 12,000 hombres la fuerza de México que apenas llegaría á 9,000 según hemos visto. Agrega que hizo unos 3,000 prisioneros y tomó de 4 á 5,000 armas de infantería y 43 piezas de artillería; que sus pérdidas en los días 17 y 18 consistieron en 431 hombres entre muertos y heridos, contándose 63 de los primeros y 368 de los segundos, y juntamente en unos y otros 33 oficiales y 398 soldados; que la pérdida nuestra no bajaría de 1,000 á 1,200 hombres. Deduciendo de la pérdida total norte-americana 16 muertos y 73 heridos en el combate del 17, resulta que la del 18 consistió en 41 de los primeros y 295 de los segundos; conviniendo recordar á este respecto, que solamente las brigadas de Pillow y de Shields tuvieron entre muertos y heridos 106 aquella y 70 ésta. Acerca de los prisioneros de Scott que, por la falta relativa de víveres y lo considerable de la

fuerza que habría debido emplearse en su custodia de Cerro-Gordo á Veracruz, determinó dejarlos en libertad bajo palabra, que los principales jefes no quisieron dar sino limitada á su presentación en el expresado puerto y á su traslación á los Estados Unidos en caso necesario. Entre los citados prisioneros había cinco ó seis generales y se contaban Vega y Jarero. No siendo útiles á su gente las armas de infantería quitadas á la nuestra, resolvió Scott destruirlas; y en cuanto á nuestra artillería, toda de bronce, tomó de ella una batería de campaña y dejó las piezas de calibre más grueso en Cerro-Gordo para trasladarlas posteriormente adonde le conviniera. Entre las grandes ventajas materiales de su victoria enumeraba Scott, en su despacho de 23 de Abril, la ocupación de Jalapa, la Hoya y Perote, y la adquisición de 66 cañones y morteros en la fortaleza del último de los mencionados puntos.

Tal fué la batalla y derrota nuestra de Cerro-Gordo, que el desengaño de las esperanzas cifradas en los elementos de defensa allí reunidos y el espíritu de partido, hicieron exageradamente aparecer como una gran mengua para el ejército en general, y especialmente para Santa-Anna. Se dijo que el primero había huido sin batirse, y se repitieron con mayor encarnizamiento contra el segundo los cargos de ineptitud y traición de que venía siendo objeto desde el principio de la campaña. Algunos de los jefes, lastimados de la calificación que de su conducta hizo el caudillo, le atacaron por la prensa, y en las declaraciones de ellos apoyó

Gamboa la parte de sus acusaciones relativas á Cerro-Gordo. Los cargos pueden condensarse en que omitió nuestro general en jefe la fortificación del Atalaya contra el dictamen de los ingenieros, y en que ignoró hasta última hora el movimiento de flanco de los invasores respecto de nuestra posición. Santa-Anna se defendió débilmente negando que se le hubieran expuesto opiniones contrarias á su plan de defensa, lo cual es cierto é indudable; y echando la culpa del resultado á la carencia de elementos suficientes de resistencia de parte suya; á la mala organización del ejército, compuesto casi en su totalidad de gente forzada, y, finalmente, á la impericia de los guardias nacionales. Todo lo que tiene de fundada la penúltima de estas alegaciones, falta á la última, pues los únicos guardias nacionales que tomaron parte en la batalla formaban en nuestra ala derecha, de la cual fué rechazado el enemigo: la brigada Arteaga no llegó al campo sino cuando estaba casi consumada la derrota, y su falta, que consistió en no haberse sobrepuesto al desorden que invadía ya nuestra reserva, fué puramente negativa. La verdad es que la ocupación y fortificación del Atalaya no habría impedido, sino retardado, á lo sumo, el desastre: que desde el momento en que nuestra línea podía ser flanqueada y atacada por su reverso, resultaba ineficaz su defensa: que muchas de las consideraciones de Santa-Anna explicativas de la derrota, fueron las mismas que había Robles alegado contra la elección del campo de batalla; y que si ésta

se hubiera dado en Corral-Falso, aunque sus resultados fueran menos funestos, probablemente la habríamos también perdido por las causas apuntadas desde la narración de los combates á inmediaciones de Matamoros, y que se refieren á las diferencias esenciales de la organización, el armamento y los recursos todos de uno y otro ejército, á la superioridad física de una raza sobre otra y á la superioridad de instrucción de los jefes norteamericanos respecto de los nuestros, aunque algunos de éstos no les fueran inferiores en actividad y, sobre todo, en valor personal. Si los conocimientos facultativos de nuestros ingenieros no desmerecían, tal ventaja resultaba estéril desde el punto en que el enemigo no daba paso que no consultara con los suyos, en tanto que era desoído ó desechado en el cuartel general mexicano el dictamen de los nuestros. Por duras y dolorosas que sean estas verdades, habrá que decir las cuando se escriba la historia de aquellos días y, sobre todo, habrá que meditarlas para buscar la modificación ó la compensación de los hechos de que se deriban, si se quiere evitar, en lo futuro, en circunstancias análogas la repetición de los desastres sufridos. Por lo demás, Santa-Anna, derrotado en Cerro-Gordo y huyendo con un pequeño grupo de oficiales hasta Orizaba, á favor de las sombras de la noche y al través de ríos, barrancas y bosques, no obstante sus imperfecciones y sus faltas, por su empeño y decisión, por su actividad y energía inquebrantable, tiene que ser para el historiador lo que

fué en la Angostura, lo que será más adelante en nuestro Valle: el primero de los defensores de México. En cuanto al ejército, se batió bizarramente el 17; y en la mañana del 18, no sólo rechazó y destrozó á la columna de Pillow en las posiciones de la derecha, sino que, atacado de frente y de flanco en Cerro-Gordo, defendió palmo á palmo la altura, y no la abandonó, sino saltando sobre cadáveres, empujado por la masa irresistible de sus contrarios. Se podría suponer que han ponderado éstos nuestra defensa en solicitud de su propia gloria; pero sus quinientos muertos y heridos y los huesos de otros tantos mexicanos, por lo menos, que quedaron blanqueando el campo, atestiguan que el camino de Veracruz á Jalapa no estuvo sembrado de rosas para los invasores. (153)

(153) En el estado de oficiales muertos publicado en aquellos días, figuran en la batalla de Cerro-Gordo, además del general D. Ciriaco Vázquez y del coronel D. Rafael Palacios, los comandantes D. Prudencio Velasco y D. José María Osorno; los capitanes D. Manuel Herrerías, D. Manuel Palafox, D. Ambrosio Martínez, D. Felipe Velázquez, D. Agustín Sánchez y D. Antonio Sánchez; los tenientes D. José María Moctezuma, D. Ramón Blanco y D. Ignacio Quintana; y los subtenientes D. Eusebio Bear, D. Nicolás de la Portilla y D. Vicente León.

En la defensa de Veracruz, además del comandante D. Félix Valdés y del capitán D.



Poco tiempo después de estos sucesos, pasando yo por la cañada de Cerro-Gordo en dirección á la costa, una tarde nublada y triste, se me apareció á mi izquierda, á corta distancia de la carretera, como una sombra fúnebre, el árido y escarpado cerro del Telégrafo, cuyo aspecto me oprimió el alma con la idea de la catástrofe de que había sido teatro. Parecióme un gran túmulo levantado por la naturaleza á las víctimas de la batalla, y en cuya cima aún permanecía tendido el general Vázquez, envuelto en la bandera por él gloriosamente defendida, y que cayó con él, sirviéndole de sudario!

## XIX

## DESPUES DE CERRO GORDO.

*Noticias complementarias de Cerro Gordo.—Ocupación de Jalapa y Perote.—Manifiesto de Scott.—Algo sobre la Doctrina de Monroe.*

No conozco otros documentos oficiales nuestros relativos á los sucesos de Cerro-Gordo, que el breve parte de Santa-Anna de 17 de Abril que cité en mi penúltimo capítulo; el que fechó el mismo jefe en Orizaba el 22 del pro-

José Platas, habían muerto el capitán D. José María Villasana y el subteniente D. Manuel Busio de la Cruz.

prio mes; el que Canalizo había dirigido el 18 al gobierno desde la Banderilla, cerca de Jalapa, y el del general Pinzón rendido más de un año después (el 27 de Julio de 1,848) y de que me ocupé algo extensamente al hablar de nuestra derrota.

En el segundo de sus mencionados partes, Santa-Anna se limitó á decir que, habiendo Scott repetido el ataque del 17 en la madrugada del 18 con todas sus fuerzas, compuestas de 12,000 hombres, logró su intento de forzar el paso, tras una lucha de tres horas en que se peleó por ambas partes con valor y desesperación: que por la nuestra se había logrado reunir en Cerro-Gordo, 3,000 infantes permanentes y activos y poco más de 2,000 de la guardia nacional de los Estados de Veracruz y Puebla. "Pero estos últimos, asentaba, aún no sabían bien el manejo del arma, y su experiencia nos fué funesta. (154) Se encontraba en aquel campo la división de caballería que puse á las órdenes del señor general D. Valentín Canalizo; pero el terreno no le permitió obrar, y se retiró para Jalapa en los momentos en que comenzó á ceder nuestra infantería." Agregaba no saber qué pérdida tuvo el ejército, porque, cercado él mismo por los soldados de Scott, se halló en inminente peligro y apenas pudo salvarse con seis de sus ayudantes, pernoctando el 18 en la hacienda de

(154) Santa-Anna repitió esta declaración en su "Informe," y el lector recordará lo que acerca de ella dije en mi anterior capítulo.